

RETRATO DE JULIÁN CON ECONOMISTA

*Gonzalo Hernández Licona**

Orizaba no es de Veracruz, pero tampoco de Puebla: para los orizabeños es suficiente ser de Orizaba. Por eso cuando uno busca encasillar a Julián Meza bajo cualquier lista no resulta nada fácil, pues no sólo nació en Orizaba, sino que debe ser del rincón más francés de esa ciudad, lo cual es un enigma doble.

Además, Julián trabaja en el Instituto Tecnológico Autónomo de México, que también podría resultar desconcertante de inicio. Casi ninguna de las palabras (instituto, tecnológico, autónomo, de, México) parecería aplicarle a la personalidad de Julián, a lo que piensa y a lo que escribe.

Por eso yo tardé en encontrarle la pista a Julián, tanto a través del tiempo como al interior de los pasillos del ITAM que, viéndolo bien, son como senderos que se quieren bifurcar, pero que al final no lo logran, pues sucede todo lo contrario, se unen. Cuando era estudiante, me quedaba claro el perfil de mis maestros de economía, de mis maestros de mate y de mis maestros de estudios generales. Pero en esos años Julián fue para mí un enigma. Por eso, en parte, nunca tomé clase con él. ¿Sería comunista, liberal, tecnócrata, autoritario, grillo, barco, perro, joven, no tanto, mexicano, de París, filósofo, tomista, hegeliano, aristotélico, escritor de ficciones, de realidades, de las dos cosas? Mi aversión al riesgo optó, inconscientemente, por no descubrirlo en esos tiempos.

* Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL).

GONZALO HERNÁNDEZ LICONA

Y pasaron los años. Mi relación fue con él indirecta, a través de la revista *Estudios*, que yo leía con frecuencia después de salir de la carrera. Ahí empezó una afinidad de sana distancia. El editor de esa revista debería ser alguien interesante, pues la revista tenía temas variados, relevantes, de actualidad, incluso para mí que era un ex-alumno de economía.

Precisamente por eso, por el orgullo natural que yo tenía a la carrera que acababa de terminar, un tema que me seguía dando vueltas acerca del editor de la revista *Estudios*, era su afición por la crítica mordaz y de a-tiro-por-viaje contra los economistas. ¿Por qué, si somos tan buenos e importantes, sabemos tantas cosas relevantes para el mundo?, me decía a mí mismo.

Pero el tiempo es más sabio que las dudas de los egresados. Varios años después de haber caminado un rato por el mundo, él mucho más, nos encontramos Julián y yo. Y fue un encuentro directo. Yo ya había incursionado en el mundo de la gente grande e incluso era maestro del ITAM, lo cual unía más los senderos. Ya tenía yo ideas propias y a veces las podía defender.

Intercambiamos puntos de vista sobre los problemas de México y (casi) del mundo, sobre sus soluciones y sus imperfecciones eternas, sobre el papel de los economistas más allá de la técnica y de la precisión de los modelos, sobre el papel de la filosofía, la historia y la literatura, más allá de generalidades. En esos encuentros, unos en vivo y otros mediante nuestros textos, pude reconocer enormes coincidencias, incluyendo Sicilia y el Mediterráneo.

Así, finalmente, pude encontrarle la pista a Julián Meza y entender muchas de sus preocupaciones. En este proceso me ayudó saber que los dos somos de la lluviosa Orizaba (aunque yo sólo por adopción).

Su ataque a los economistas en general tiene (cierta) razón. Muchas veces los economistas somos pedantes, altaneros, arrogantes, soberbios, con aires de superioridad, hay que aceptarlo. Las punzantes críticas de Julián y otros sirven para que el gremio de economistas haga un alto en el camino y pueda refrescarse con un vaso o dos de humildad. Críticas menos mordaces podrían no hacer mella en la dura coraza del economista que siempre tiene la razón.

Tengo la impresión de que el sentido contrario de la relación también ha sido benéfico para Julián y su gremio. Los economistas tienen mucho qué decir sobre el mundo, especialmente preguntas tan odiosas, pero necesarias tales como: ¿de qué manera y quién va a pagar las buenas intenciones y las buenas *ideas* que provienen de la filosofía, la sociología, la literatura, la historia? Para beneficio de Julián y de los economistas como yo, existirá siempre el otro para hacer un contrapeso. Por eso, sí tiene sentido, y mucho, que Julián forme parte del ITAM.

La relación Julián-economista es sólo un ejemplo de lo que a nivel institucional ha buscado hacer el ITAM por más de 50 años: formar a los alumnos con el mayor rigor técnico, pero alimentado con la mejor crítica que proviene del mundo de las *ideas* y de los *problemas*. En un inicio habrá algunos alumnos que odien una o la otra (¿para qué me sirven Hegel y Heidegger si yo lo que quiero es trabajar en una casa de bolsa?; ¿por qué aprender a integrar y a derivar si a mí lo que me gusta es la filosofía?). Al final de la carrera, o incluso después, el ex-alumno reconoce la bondad de esta combinación prácticamente única en el país: las dos esferas de conocimientos hacen mejor al *casabolsero* y a quien al final se decidió por la literatura o la historia.

La Revista *Estudios* tiene ya una historia larga que contar y el editor ha tenido mucho que ver en todo esto. Felicidades a la revista y a Julián Meza por haber llegado a tantos rincones de la conciencia de alumnos, ex-alumnos, maestros, economistas, contadores, ingenieros, politólogos y uno que otro secretario de estado. Felicidades por contribuir a moldear la visión de economistas y demás seres tecnológicos. Estoy seguro que la revista y el editor agradecen también las aportaciones que vienen de *este* lado. Por eso, la foto de Julián tendrá siempre a su lado a un inseparable economista, y viceversa.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.